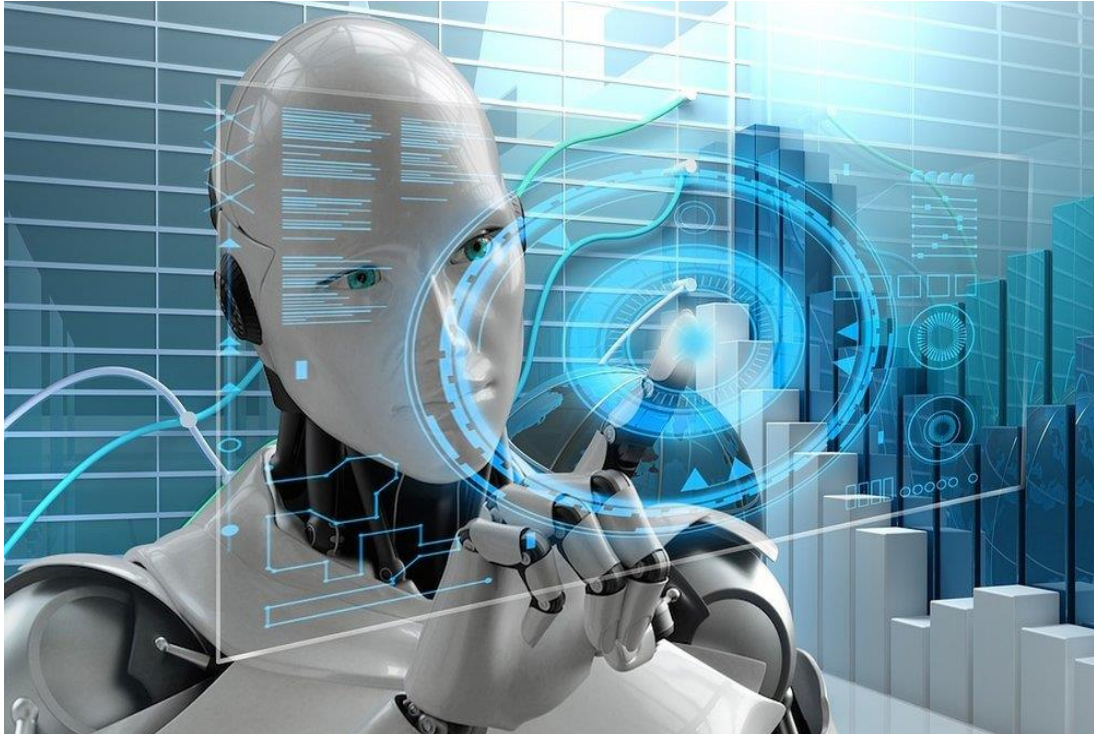


Máquinas imperfectas



Ángel Gómez de Agreda
Coronel del Ejército del Aire
Académico Correspondiente

Me gustan mis imperfecciones. Es más, creo que son necesarias; una parte de lo que supone ser yo. En un momento en el que vivimos obsesionados con la perfección, con la optimización y con el aumento de las capacidades, yo creo firmemente en la belleza y necesidad de la falibilidad humana. Incluso en su importancia estratégica.

Uno de los referentes mundiales en la investigación de la inteligencia artificial, el profesor Youngsun Kwon, del KAIST -una *spin-off* del Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT) que se ha convertido en una de las mejores universidades del mundo- me resumía hace unos meses el objetivo de los algoritmos: pretenden optimizar procesos.

La frase no puede ser más simple y, probablemente, más obvia para cualquiera que esté mínimamente familiarizado con ellos. Y, sin embargo, a mí me hizo pensar mucho. Una máquina únicamente resuelve problemas de la forma más eficiente posible. Se alimentará con muchos más datos de los que yo pudiera llegar a abarcar en toda mi vida, establecerá relaciones entre ellos de formas que yo tardaría años en imaginar siquiera, y llegará a la solución que mejor resuelva el problema que se le ha planteado. Probablemente, sin entrar a valorar si está generando otros problemas en el proceso.

En el tratamiento de todos esos datos, además, incorporará una serie de sesgos que reforzarán los prejuicios que la sociedad ya tiene introducidos en su quehacer cotidiano. Algo, por cierto, no tan distinto de lo que nos pasa a los humanos cuando juzgamos el mundo en base a una experiencia muy parcial del mismo.

Mientras la máquina resuelve en segundos el complejo problema que le han planteado, yo me debato entre la solución lógica humana al problema y lo que “me pide el cuerpo”. Mientras ella establece correlaciones entre series de datos y pondera su importancia relativa aplicando la lógica matemática, yo empleo mi tiempo y capacidad en intentar acomodar lo que veo a lo que quiero, a lo que siento que debo hacer. Intento justificar mi decisión emocional igual que busco argumentos para comprarme tal coche a pesar de que, obviamente, no es la decisión más económica o ecológicamente acertada.



La tecnología moderna nos promete humanos con capacidades mejoradas, personas conectadas a ordenadores que tendrán más memoria y mejor capacidad de cómputo. Ciborgs híbridos entre la inteligencia del carbono -la nuestra “de toda la vida”- y la del silicio, con soluciones que nos permitirán mejorar también nuestras capacidades físicas mediante exoesqueletos o articulaciones robóticas. Y nos lo vende como la única opción para que el hombre -o lo que quede de él- pueda seguir el ritmo evolutivo de las máquinas.

Pues bien, yo no quiero seguir el ritmo de las máquinas. Ni creo tampoco que debamos hacerlo, ni que nos beneficie. Yo no quiero ser más eficiente en la guerra sino encontrar alternativas a la misma y si es posible evitarlas. No quiero seguir a las máquinas, sino que éstas me sigan a mí. Utilizar las máquinas para ganar las guerras que yo haya decidido que son inevitables en lugar de luchar las guerras que las máquinas “piensen” que son eficientes.

La libertad es la posibilidad de elegir entre varias opciones conociendo qué supone cada una. Elegir siempre la opción óptima en función de los datos disponibles no es libertad, es ciencia. ¿Para qué vamos a hacer guerras si no es para preservar nuestra libertad? ¿De qué libertad estamos hablando si hacemos guerras que no elegimos nosotros?

Curiosamente, el desafío que plantean las máquinas inteligentes a los militares y, en general, a todos los humanos es precisamente el de preservar la humanidad y los valores éticos y principios morales. Lo que nos distingue como seres humanos no es, contrariamente a lo que estudiamos, la capacidad para tomar decisiones racionales basadas en nuestro intelecto. Lo

que nos hace realmente humanos es la posibilidad de tomar decisiones morales más allá de lo que dicte la razón.

Estamos diseñando máquinas capaces de utilizar mecanismos muy parecidos a los humanos para elaborar relatos a partir de datos, narrativas desde percepciones, ideas abstractas desde realidades concretas. Queremos creer que es nuestro acceso a la racionalidad lo que nos distingue del resto de las especies animales, pero ahora tendremos que aprender también a diferenciarnos de máquinas capaces de razonar.

De hecho, la lógica debería imponer que ya hubiera coches autónomos ocupando nuestras carreteras. Su índice de accidentabilidad es menor que el nuestro. Estaríamos ahorrando vidas. Sin embargo, repugna a cualquier conciencia que sea una máquina la que decida sobre la vida y la muerte de las personas. Por mucho que las bajas sean mayores, seguimos queriendo que vengan provocadas por la acción o inacción del hombre y no por decisiones automatizadas.

Por la misma razón, dentro del ámbito militar, se impone el conocimiento de los mecanismos que rigen el comportamiento de los sistemas de armas autónomos letales (SALAS) y la capacidad de control sobre los mismos por parte de un operador humano. Es un requisito que, aunque debatido, jamás debería abandonarse. Si la guerra es una actividad propiamente humana, externalizar sus decisiones en las máquinas no hace más que pervertir su significado.

No hay equivalencia con la prohibición -bajo pena de excomunión- de ballesteros y arqueros, vistos como armas diabólicas en el segundo Concilio de Letrán allá por el siglo XII. En este momento no se trata de privilegiar a un cuerpo sobre otro, a un pueblo sobre otro o a un sistema de gobierno sobre otro. La clave de este debate estriba en la dignidad humana y la retención de la capacidad para seguir tomando nuestras propias decisiones.

Estas máquinas, estos algoritmos de optimización, sabrán llegar mejor y más rápido a conclusiones idóneas para resolver los problemas que les planteemos, pero no debemos perder de vista que la verdadera inteligencia está en plantearse las preguntas correctas más que en dar solución a esas preguntas.

Esas máquinas de soluciones óptimas no aceptarán jamás el error, ni en ellas ni en los demás. Y aquello que considera que ha alcanzado la plenitud tiende a dejar de evolucionar y, por lo tanto, a desaparecer.

Ese es, quizás, el aspecto que nos hace humanos y superiores a ellas: la capacidad de pedir perdón y de perdonar, de reconocer un error y de admitir la posibilidad de que otros lo cometan.